

Pedro Pérez y Juan Luis Galiacho

# Encarna

*En carne viva*

# ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i> .....	13
<i>Introducción</i> .....	15
1. SUS ÚLTIMOS DÍAS .....	19
Mensaje de despedida a sus oyentes .....	23
El doctor Santos dice que no llega a Semana Santa .....	29
Últimas visitas y llamadas .....	34
Sus recuerdos .....	38
2. NACIMIENTO, FAMILIA E INFANCIA .....	42
Padre militar asesinado .....	44
Difícil infancia en Almería .....	48
La llegada a la radio .....	52
3. LLEGADA A MADRID .....	58
Bobby Deglané: su maestro .....	62
<i>CS y buen viaje</i> .....	69
Precursora de la radio de noche .....	80
Invitada a irse de España .....	87
4. FICHA POR TELEVISIÓN MÉJICO .....	95
Debut en la televisión mejicana .....	102

	Radio y teatro en Méjico .....	112
	Televisión en Santo Domingo .....	118
	Fin de su periplo por América .....	122
5.	EL REGRESO .....	128
	En Radio Miramar .....	133
	La Barcelona de 1978 .....	140
	<i>Encarna de noche</i> .....	144
	El éxito total de <i>Encarna de noche</i> .....	146
6.	FINANZAS, PUBLICIDAD Y VALORES	
	HUMANOS .....	160
	Muerte de la madre .....	167
	La falsedad del 23-F .....	175
	1981, año clave para Encarna .....	182
	Se gana a la burguesía catalana .....	189
	Adiós a Barcelona .....	196
7.	FICHA POR LA CADENA COPE .....	203
	Comienza <i>Directamente Encarna</i> .....	213
	La consolidación en cinco años (1984-1989) .....	219
	Martes y Trece .....	230
	La llegada de Mila Ximénez .....	249
8.	<i>Y AHORA ENCARNA</i> .....	263
	La entrevista a Isabel Pantoja .....	267
	Las críticas a Encarna .....	276
9.	ENCARNA SE QUEDA SOLA EN LA COPE .....	287
	Encarna, salvavidas de la Cope .....	295
	La llegada de García y sus amigos a la Cope .....	303

10.	INICIO DE SU AMISTAD CON ISABEL PANTOJA .....	312
	Segunda película de Pantoja y comunión de Kiko Rivera .....	317
	Robo de 43 millones en casa de Encarna .....	323
	Encarna compra La Garza a Isabel Pantoja .....	338
	La foto de Encarna e Isabel en Caños de Meca .....	346
	Ruptura de Encarna con Isabel .....	353
	La rival de Isabel Pantoja: Rocío Jurado .....	369
11	EL CASO VERA .....	385
	Otros casos de investigación: de Wyoming a Colom o Chencho Arias .....	410
	Los negocios familiares de la diputada Anna Balletbò ..	425
12.	1995. LOS MESES PREVIOS A SU MUERTE .....	437
	Un disgusto y la entrevista a Aznar .....	452
	Encarna en la Clínica Universitaria de Navarra .....	458
	Días antes de su fallecimiento .....	466
	La muerte .....	471
	El día después de su muerte .....	481
13.	LA HERENCIA SE ADJUDICA .....	491
	Otros reclaman la herencia .....	501
	El dinero de Encarna antes de morir .....	508
	El legado televisivo de Encarna .....	511
	¿Por qué Encarna no hizo testamento? .....	515
	<i>Quién es quién en la vida de Encarna Sánchez</i> .....	521

## INTRODUCCIÓN

Juan Luis Galiacho y Pedro Pérez, Pedro Pérez y Juan Luis Galiacho, hemos formado un mismo «yo» para escribir este libro a cuatro manos. Un «yoísmo» basado en una férrea amistad de más de treinta años, con la confianza plena y el propósito de hacer justicia a la figura de Encarna Sánchez Giménez. Hemos huido de «egos personales» y nos hemos volcado al servicio de la causa. Por primera vez, dos periodistas que han trabajado al lado de Encarna Sánchez, codo con codo (Pedro Pérez casi veinte años y Juan Luis Galiacho, cinco), que la han tratado íntimamente, que han comido en su casa, que han realizado viajes juntos, que han sido depositarios de sus secretos, de sus sufrimientos y alegrías, se unen y lo cuentan todo en primera persona. Son las vivencias exclusivas de dos profesionales unidos a la locutora almeriense como un solo yo. Una obra literaria que nada tiene que ver con la ficción, los chismes y las *fake news*.

El origen de este libro tiene una fecha concreta: septiembre de 2021, con la jubilación de Pedro Pérez en la cadena Cope tras casi cuarenta años de servicio. Ese mismo día nos pusimos a ordenar los documentos, fotografías, grabaciones y testimonios inéditos de veinte años de trabajo y experiencias al lado de Encarna Sánchez. Muchos de ellos desconocidos para el público, solo en nuestro poder. Y nos dimos cuenta de que era un material *top secret*. Fundamental y vital para

conocer o descubrir al personaje real de Encarna Sánchez. Una figura mediática y popular que, desde su muerte el 5 de abril de 1996, ha estado sometida a un sinfín de insinuaciones carentes de la menor veracidad informativa. Sin contrastación alguna. Informaciones basadas en una falsa creencia y amparadas por el total silencio de quienes la rodearon hasta su muerte. Creímos que ya había llegado la hora de la verdad. De destapar a un personaje desconocido indudablemente por la opinión pública y la sociedad. Decidimos poner manos a la obra y colocar negro sobre blanco en todos los aspectos profesionales y personales de la locutora almeriense. Sus aciertos y fallos, sus éxitos y fracasos, su felicidad y amargura, sus relaciones profesionales y amorosas. Desde las más relevantes a las más desconocidas.

Cerca ya de los treinta años de la muerte de Encarna Sánchez, por primera vez rompemos ese silencio. El porqué es muy sencillo. Quizá estábamos en deuda con ella. Los remordimientos ya nos pesaban de forma considerable. Estábamos cansados de tantas falsedades vertidas, algunas por periodistas que nunca la trataron ni se tomaron con ella un café o un vino. Y lo hacemos desde la serenidad y el sosiego que nos da el respaldo de la verdad y la objetividad. Con la tranquilidad que ofrece el paso de la existencia profesional. De periodistas ya muy curtidos en todos los frentes, con el cuerpo repleto de cornadas de la vida.

Este libro no es un ajuste de cuentas con el pasado, ni mucho menos. Es descubrir la realidad nunca contada de una mujer humilde de un pueblo de Almería que ha marcado la historia social, política y radiofónica de España. Es una hoja de ruta para romper un velo informativo de más de veinticinco años. Un libro convertido en un *thriller* real. La trayectoria profesional y humana en todos sus perfiles de un personaje único. Una vida que supera con creces la ficcionada por muchos profesionales hasta la fecha. Y de la que se ha abusado.

Una crónica trepidante sobre su poder, su innovación en los medios, sus manías, su fuerte carácter, sus enemigos, sus caprichos, sus amores, su enfermedad y su muerte. Un manual para que todas las ge-

neraciones conozcan de primera mano un tiempo político, social y mediático apasionante en nuestro país.

En estas páginas se da respuesta a interrogantes como: ¿por qué fusilaron al padre de Encarna? ¿Fue víctima de abusos en un orfanato? ¿Quién la obligó a irse de España? ¿Por qué regresó arruinada de su aventura americana? ¿Es cierto que se casó en Los Ángeles? ¿A qué puerta del palacio de La Zarzuela llamó para volver a trabajar? ¿Cómo se ganó al pueblo y a la burguesía catalana? ¿Por qué ingresaba más dinero con su publicidad que con su sueldo de locutora? ¿Qué pasó entre Encarna y Mila Ximénez? ¿Por qué se quebró su amistad con Rocío Jurado? ¿Cuál es la verdad del robo de los 43 millones de pesetas de su casa de La Moraleja? ¿Fue Isabel Pantoja la mujer más importante en la vida de la locutora? ¿Por qué ocultó que padecía un cáncer de pulmón? ¿Por qué no tenía contacto con su familia? ¿Qué le condujo a no realizar un testamento? ¿Por qué fue incinerada y no enterrada? ¿Qué representó en su vida su heredera, Pilar Cebrián (Clara Suñer)?...

En las páginas de esta obra hemos querido relatar sin complejos ni censura previa la personalidad arrolladora de la comunicadora más influyente y mejor remunerada del siglo xx en España: Encarna Sánchez Giménez.

La parrilla de salida de *Encarna. En carne viva* está ya configurada. Que se diviertan y les guste. Ese es nuestro deseo. A partir de esta línea solo somos ya una única persona. Un solo yo.

## SUS ÚLTIMOS DÍAS

«¡Quiero vivir, quiero vivir!», gritaba entre sollozos, desesperadamente, Encarna Sánchez, sola en su habitación de su casa de La Moraleja, situada en la localidad madrileña de Alcobendas. Al escuchar esos chillidos desoladores, alterados, unos quejidos desesperados, rápidamente subió a la planta alta de la mansión Josefina Calle, su amiga de toda la vida, su confidente y la persona de confianza que estaba al frente de la estructura doméstica.

—Pero Encarna... ¿Qué te ocurre? ¿Qué haces sentada al borde de la cama gritando de esa forma desconsolada?

Encarna, con la mirada perdida y los ojos llorosos, responde:

—Me muero, me muero... se acaba de marchar el doctor Manuel Santos (su oncólogo) y me ha dado un gran disgusto: me quedan muy pocos días de vida.

Era martes, 26 de marzo de 1996. Diez días antes de su fallecimiento. Josefina abraza fuertemente a Encarna para consolarla:

—¿Qué te ha dicho, de qué se trata?

Encarna, después de secarse las lágrimas, le explica:

—Me ha comentado el doctor que he empeorado del tumor, que tengo una metástasis hepatorenal, y que vaya arreglando mis cosas pendientes. —La locutora toma aire y continúa—. Josefina, quiero vivir, quiero vivir. Soy muy joven todavía para irme de este mundo.

Josefina, desconcertada, abraza todavía más fuerte a Encarna, trata de aliviarla. En silencio, las dos lloran, lloran, lloran y lloran... Las lágrimas correteaban por el pijama de Chanel de Encarna, de color pastel.

Nunca se me olvidará la fecha de ese día: 26 marzo de 1996. Por entonces, José María Aznar había ganado al dirigente socialista Felipe González Márquez las elecciones a la Presidencia de España por mayoría simple, unos comicios celebrados el 3 de marzo de ese año. El líder del PP estaba negociando con Jordi Pujol y los nacionalistas catalanes su apoyo para situar a un nuevo gobierno en La Moncloa.

Aquella tarde-noche, como de costumbre, una vez terminado el programa *Directamente Encarna* Cope y organizado el del día siguiente, me fui a ver a mi jefa. Me recibieron en el *hall* Josefina Calle y Nuria Abad, amiga fiel de Encarna y su secretaria desde los tiempos de Radio Miramar de Barcelona. Josefina ya se había encargado de contarle a Nuria la visita del doctor. Las dos muy serias, poco habladoras, me informaron de que el oncólogo Manuel Santos estuvo por la mañana hablando con Encarna. Me pusieron al corriente de cómo estaba la situación de la enfermedad. Mi corazón se aceleró. Subí por la escalera al piso de arriba para ver a Encarna. Durante el tiempo de la enfermedad, todas las noches que podía iba a verla. Allí estaba ella, tumbada en su alargada cama matrimonial, con sus dos mesillas a cada lado, viendo la televisión en esta habitación principal de color blanco roto, con dos grandes ventanales al jardín. Ella siempre necesitaba ver la luz exterior.

Me senté en uno de los dos butacones que tenía junto a uno de los ventanales y que acompañaban a una mesa camilla, símbolo de su programa radiofónico.

—Hola Encarna, buenas noches, ¿cómo te encuentras?

—No muy bien Pedruski (así me llamaba ella). Estoy muy cansada, me faltan las fuerzas, no tengo ganas ni de comer. En fin, estoy hecha un trapo.

—Mira Encarna, te he traído unas milhojas de merengue de las que te gustan... De esas con el hojaldre alto... Comete alguna que te vendrá bien.

Encarna las mira con atención y me dice:

—Ponlas en la mesilla, que luego me comeré una con un café con leche.

La veo mal, sin ganas de hablar y me preocupa su estado.

—Encarna, me han dicho Nuria y Josefina que te ha visitado el doctor Santos. ¿Qué te ha comentado de la evolución de la enfermedad?

—Mira, Pedruski... No son buenas noticias. El tumor se ha expandido. El tratamiento ya no funciona. Me ha dicho que vaya poniendo en orden mis cosas, que me muero.

Me quedé helado (yo sabía que el tratamiento había dejado de funcionar). Empecé a sudar. Me dijo entonces que me acercara a su cama. Cogiéndome la mano derecha con fuerza, me dijo entre lágrimas:

—No le digas a nadie que me estoy muriendo. No quiero dar lástima.

Me puse a llorar yo también:

—No te preocupes Encarna, así lo haré. Te lo prometo.

Y así lo hice. No se lo dije a nadie, ni siquiera a mi mujer Piedad. De vuelta a casa, no se me iban de la cabeza las palabras de Encarna. Nunca había imaginado un futuro sin su presencia. Para animarme, recordé parte de los versos de *Necesito de ti*, de su admirado poeta sevillano Rafael de León, que tanto le gustaba a ella:

*Necesito de ti, de tu clemencia,  
de la furia de luz, de tu mirada;  
esa roja y tremenda llamarada  
que me impones, amor, de penitencia.  
Necesito la miel de tu ternura,  
el metal de tu voz, tu calentura.  
Necesito de ti, te necesito.*

Necesitaba de mi jefa Encarna. Aquella noche, me di cuenta de que la mujer que había vivido por y para el micrófono, triunfadora, líder, la mejor pagada de la radio española, la número uno, sabía que

su vida pendía ya de un hilo. De un maldito bicho, así llamaba Encarna al cáncer. Un bicho que la estaba derrotando y consumiendo. Ya no podía decir aquello que siempre me contaba.

—Pedruski, ¿sabes para qué me sirve el dinero?

Yo le respondía:

—No Encarna, no lo sé, quizás para tener una mejor calidad de vida.

Y ella, muy segura, me decía:

—No Pedruski. No te equivoques, me sirve para ser libre, para comprar mi libertad. El día que yo no sea rentable a mi empresa me echarán, así de duro.

Encarna hablaba así, como dictando sentencias. Y tenía razón. El dinero no valía ante una enfermedad mortal como el cáncer. En este caso no era la empresa quien la estaba echando de la vida, era aquel maldito tumor en un bronquio del pulmón izquierdo, una «manchita» descubierta mediante TAC (Tomografía Axial Computarizada). Fue en noviembre de 1992. Lo detectó el doctor José Sabán Ruiz, internista del hospital Ramón y Cajal de Madrid.<sup>1</sup> Se trataba de un tumor localizado en el pulmón, que con el paso de los años estaba terminando con su vida.

Encarna era una mujer valiente y atrevida. Se enfrentó al cáncer con pundonor y serenidad. Buscando *vivir*, tratando de encontrar supervivencia. Comenzó un largo y penoso recorrido en su lucha por existir, que la llevó primero al centro M. D. Anderson de Houston (1993). De Estados Unidos a la Clínica Hartmann de París (1994). De París al hospital San Francisco de Asís de Madrid (1995). De Madrid a la Clínica Universitaria de Navarra (mes de febrero de 1996). Y desde Navarra, vuelta para finalizar en el hospital

---

<sup>1</sup> Licenciado en Medicina por la Universidad de Córdoba, premio extraordinario fin de carrera. El doctor Sabán fue responsable de la Unidad de Riesgo Cardiovascular de Medicina Interna y de la Unidad de Endotelio y Medicina Cardiometabólica del hospital Universitario Ramón y Cajal.

San Francisco de Asís. Etapa final. Fin de su recorrido hospitalario y existencial.

Pero de los que nunca se olvidó fue de sus oyentes, su principal motor de vida. Por esta razón grabó, estando ya muy malita, un mensaje dedicado a ellos que ya forma parte de la historia de la radio de este país.

## **Mensaje de despedida a sus oyentes**

Viernes, 22 de marzo de 1996. Encarna llevaba varias semanas sin realizar su programa *Directamente Encarna* en la cadena Cope. Concretamente desde el 6 de febrero. Su tratamiento de cáncer de pulmón no se lo permitía. La sustituyó en el micrófono Esmeralda Marugán, una buena profesional del medio que venía de Cope Valladolid.<sup>2</sup>

Todo seguía en un completo orden monótono, cuando, de repente, en una mañana soleada en Madrid, sonó el teléfono en la redacción del programa. Lo atendió Carmen Jara, amiga de confianza de Encarna de toda la vida y telefonista del programa. Carmen, con voz temblorosa, pero de alegría, suspiró y nos dijo:

—Es Encarna, es Encarna chicos... —y habló con ella—: Ay Encarna, qué alegría escucharte...

Todos los del equipo nos miramos con cara de satisfacción y sorpresa.

—Encarna quiere hablar contigo Pedro —me comentó Carmen.

—Por favor, Carmen —le respondí— pásame la llamada al despacho de la jefa.

Ya una vez sentado ante su mesa, descolgué el teléfono.

—Encarna, qué alegría escucharte, ¿cómo estás, cómo te encuentras?

---

<sup>2</sup> Esmeralda Marugán García, nacida en 1960 en Marugán (Segovia), entró en la Cope a principio de 1995 de la mano del entonces director de programas de la cadena Francisco Temprano, para hacer las sustituciones de Encarna Sánchez, tras la marcha de Adela Cáceres.

—Estoy bien Pedruski, con ganas de volver a la radio. Os echo mucho de menos, tengo mono de micrófono. A veces, estoy por decirle a Carlos el chófer que me lleve a la emisora.

—Bueno Encarna, paso a paso, lo importante es que ahora te pongas bien y te recuperes...

—En esa lucha estoy... Oye Pedruski, he pensado que como estoy fuera del micrófono varios días, sería bueno grabar unas palabras para los oyentes y los anunciantes. Una cosa corta, decirles que pronto volveré a estar con ellos, que les echo en falta. ¿Qué te parece?

—Encarna, me parece buena idea. Hay algunos rumores en la prensa, como lo publicado por *Pronto*, sobre tu salud que no ayudan. Los oyentes andan inquietos, llamando todos los días y preguntando por ti, eso me dice Carmen Jara.

—¿Cómo?

—Sí, creo que lo sabes... que la revista *Pronto* ha publicado una portada en la que dice «Encarna Sánchez se está muriendo. La mujer más escuchada de la radio padece un cáncer de garganta».<sup>3</sup>

Encarna respondió resolutiva:

—Sí, lo sé, por eso organízalo todo para venir con un equipo a mi casa el próximo lunes. Ya concretaremos la hora para la grabación. ¿Vas a venir por la noche a verme? Creo que es mejor que te vengas y lo hablamos en persona...

—Sí, cuando termine el programa voy a tu casa y lo organizamos. Un beso.

Esa llamada de Encarna nos dio fuerza y ánimo a todos los componentes del equipo de *Directamente Encarna* para seguir adelante. Sin embargo, algo en mi interior me decía que esa grabación iba a ser la última de Encarna en la cadena Cope.

Fue el lunes 25 de marzo de 1996. Un día de sol radiante que alumbraba todo Madrid. A las 12.20 horas un equipo de Cope forma-

---

<sup>3</sup> Revista *Pronto*, número 1.244, del 9 de marzo de 1996.

do por Francisco Temprano, director de programas de la cadena, Juan Antonio Machado, técnico y realizador musical de *Directamente Encarna*», y yo, Pedro Pérez, como productor, llegábamos a su chalé de La Moraleja, en Alcobendas. Es importante señalar que no estuvo en esa cita clave su sustituta Esmeralda Marugán, a pesar de lo que se ha publicado sin rigor alguno en un libro y ella misma ha comentado.<sup>4</sup>

Llamamos al timbre de la casa situada en el Paseo Marquesa Viuda de Aldama, número 44. Tras saludar al encargado de la seguridad, un servicio complementario que fue contratado en sus dos últimos años de vida, nos abrió la puerta de la casa Inmaculada Ynginia Lidiano Marty. Era la trabajadora doméstica. Una chica dominicana que le recomendó Isabel Pantoja a Encarna en el año 1992, cuando Isabel dio un concierto en la República Dominicana. Inmaculada nos recibió de una forma amable y cortés. Nos comunicó que en unos minutos doña Encarna estaría preparada para recibirnos. Nuria Abad le estaba dando los últimos retoques estéticos en el piso superior, en la habitación principal de la locutora, donde se había incorporado un baño y un aseo.

Ese rato lo aprovechamos los tres en la sala de estar para hablar y comentar la potencialidad económica de La Moraleja. Les llegué a contar que la venta de parcelas en esta urbanización madrileña hizo millonario al constructor Antonio García Fernández, padre de la actriz y presentadora de televisión Ana García Obregón. Encarna me comentó que la parcela de su casa tenía 2.704 metros cuadrados, de los que se aprovecharon para uso de vivienda «solo» 672, que la compró el 21 de julio de 1986 por ocho millones de pesetas, en escritura de compraventa otorgada por el notario madrileño José Antonio Escartín Ipiéns. Allí, meses después, construyó su casa, el refugio personal durante sus últimos años de vida en la capital de España.

---

<sup>4</sup> Juanele Zafra, *Directamente Encarna Sánchez*, Editorial Almuraza, Córdoba, 2021, p. 347.

Un chalé de tres plantas, pintado en su exterior de color blanco, con un tejado de pizarra negro y con dos porches, uno de ellos equipado con una barbacoa-parrilla que usaba mucho Encarna en sus fiestas privadas. Rodeando a la vivienda se encontraba un amplio jardín con césped natural, múltiples plantas y una gran variedad de árboles, algunos frutales, que daban cobijo también a una hermosa piscina tipo herradura, a la que acompañaban en su entorno varias fuentes con agua.

Dentro de la vivienda había tres plantas de uso cotidiano: baja, alta y sótano. La planta baja tenía dos habitaciones para el personal de servicio, un baño, un aseo, una cocina amueblada de color blanco, un amplio salón comedor con un sofá de media luna, de color también blanco, y un despacho biblioteca pintado de color marrón oscuro. En la superior se encontraba la habitación principal, dormitorio de Encarna, junto a tres habitaciones más con baños incorporados, tipo suites. En una de esas habitaciones había una caja fuerte de uso de la locutora. También en esa zona superior se encontraba una sala de estar y espera con un baño de uso general.

Y en el sótano, además de tener una sauna gimnasio y otro cuarto de baño y aseo, la locutora escondía sus principales secretos: una caja fuerte blindada y una bodeguilla estilo rociero con excelentes y cotizados caldos vinícolas (entre ellos, Vega Sicilia Único, su vino preferido). Era un lugar muy parecido al que tenía Felipe González en La Moncloa, conocido por sus grandes juergas gubernamentales. Todo el entorno se completaba con un amplio garaje con capacidad para tres coches de alta gama (Mercedes, Jaguar y Rolls-Royce) y de varios armarios para guardar los utensilios de jardinería y otros menesteres.

En esa espera previa a la grabación, ya había puesto a mis compañeros de viaje al tanto de todo lo que tenían que saber. Pasados unos quince minutos, Inmaculada nos avisó de que Encarna ya estaba disponible, que subiéramos a la primera planta. Allí se encontraba acompañada de Nuria Abad, sentada en un butacón, bien peinada su peluca, mirando el sol que entraba por la cristalera del ventanal de su dormitorio y oliendo a perfume de Chanel.

Vestía un pantalón marrón, camisa de color fucsia y unas zapatillas de Prada. Trataba de disimular. Nos pretendía «engañar». Pero su voz no tenía la fuerza de antes. Su convalecencia le había tocado duro y hablaba más despacio de lo que nos tenía acostumbrados.

Tras los saludos correspondientes, Encarna volvió a ser Encarna y nos dictó sentencia:

—Venga, vamos... al toro.

En ese momento, Francisco Temprano, director de programas de la cadena Cope, decidió ausentarse y dejarnos en solitario con Encarna.

Todo estaba ya ideado. Una periodista de nuestro equipo, María de los Ángeles Hervás, la principal guionista y una gran profesional, le había escrito un texto para la grabación. Encarna pidió un bolígrafo, corrigió algunas frases, y le comentó a su técnico Juan Antonio Machado que ya estaba lista para grabar.

—Adelante, Machado —le dijo.

Encarna Sánchez empezó a leer con voz agresiva, pero en el fondo débil, el siguiente texto:

Buenas tardes... Quiero decirles una cosa: voy a volver muy pronto. Pero solo os lo digo a vosotros, a millones de personas que sé que me estáis escuchando y que sé que me esperáis... A los demás, a esos tres, cuatro charlatanes que quieren ganarse el pan con el sudor de mi frente, a esos no tengo nada que decirles. Ya tienen bastante con revolvearse en su propia mediocridad.

Pero a vosotros sí. Sabéis por mi equipo que tengo una pequeña afección a la garganta y que el médico me ha aconsejado unos días de reposo, y por una vez, le estoy haciendo caso. Quiero cuidarme para estar muy pronto con vosotros porque os tengo que decir muchas cosas. Pronto volveréis a sonreír con mis ocurrencias, y que se pongan a temblar los sinvergüenzas, los que siguen metiendo la mano en el cajón de todos, los que se aprovechan del cargo, los que se inventan portadas para vender muchos ejemplares... todos esos, ya pueden ir sacándose el pasaporte, porque voy a poner a este país patas arriba.

Soy una mujer fuerte, vosotros lo sabéis, y se necesitan demasiadas manos para intentar taparme la boca, pero lo dicho, muy pronto nos vamos a reír juntos, vosotros y yo, porque no se me olvida que tengo un compromiso ético y social con millones de ciudadanos. Hasta muy pronto. Encarna Sánchez.

A Encarna, de entrada, no le gustó cómo quedó y solicitó escuchar la grabación. Nada, no le agradó. Y comenzó a girar la cabeza diciendo que no, que no...

—No lo veo, así no, así no... hay que repetir —se revolvió enfadada en su butacón.

Nos pidió de nuevo un bolígrafo. Corrigió cosas del texto y añadió frases... A los pocos minutos nos manifestó que ya estaba lista para grabar otra vez.

—Vamos allá —le dijo a Juan Antonio Machado.

El sonido de la radio ha sido para mí... y lo va a seguir siendo siempre, el camino más corto para comprender el camino de la amistad. Y sobre todo el camino de la fidelidad. Por eso, buenas tardes, amigos, o como diría Tarradellas *ja soc aquí*. Pero solo os digo a vosotros, a mis millones de amigos, a los que me habéis alentado, escuchado, respaldado, a los que me esperáis, a vosotros... a esos tres o cuatro millones de personas invaluable, que quiero ganarme el pan una tarde más.

A los demás, a los tres o cuatro charlatanes que quieren ganarse el pan con el sudor de mi frente, no de la suya, ya tienen bastante con volver su presencia a la mediocridad. Pero vosotros sí, vosotros sí sabéis de mí, de mi equipo, de mi trabajo, de mi esfuerzo. Como sabéis también de mi pequeña aficción. Y que el médico me recomendó unos días de descanso. Y por eso una vez más estoy haciendo caso. Y quiero quedarme en reposo para estar muy pronto con todos vosotros.

Pero os tengo que decir muchas cosas. Pronto, volveréis a sonreír. Pronto, volveréis a mi encuentro. Pronto, podré decir con toda la valentía del mundo: temblad, pedazos de sinvergüenzas.

Y dicho esto, tengo un compromiso ético y social para con millones de ciudadanos y lo voy a cumplir, te lo aseguro. Ahora comenzamos de la mano firmes, seguros, comprometidos, para llegar a la trinchera. Y recuerda que aquí no hay ni más ni menos que: tan solo... una mujer. Encarna Sánchez.

Tras escuchar de nuevo varias veces la grabación, repetir alguna que otra frase, Encarna levantó por fin el dedo pulgar de su mano derecha dándonos el ok para emitir.

Esa grabación se lanzó en antena en la tarde del 25 de marzo de 1996. Fueron sus últimas palabras en vida ante un micrófono. La centralita de Cope y los teléfonos de la redacción del programa se colapsaron. Los oyentes, animados y jubilosos al escuchar la voz de Encarna, llamaron para darle ánimo y desearle una pronta recuperación. Nosotros salimos de la casa de Encarna cabizbajos, con la sensación de que la grabación era su despedida radiofónica. No estábamos equivocados.

Mientras tanto, Encarna en su casa de La Moraleja, acompañada de Nuria Abad, no paraba de dar vueltas a su cabeza. Reflexionaba cada vez más en voz alta: «Por qué a mí, por qué, por qué un cáncer... con todo el bien que he hecho... es todo muy injusto». Recordaba su paso a la desesperada por la Clínica Universitaria de Navarra. Su último cartucho para salvarse. Pero los cuidados de su oncólogo, el doctor Manuel Santos Ortega,<sup>5</sup> seguían su marcha para intentar lo imposible.

## **El doctor Santos dice que no llega a Semana Santa**

25 de febrero de 1996. Encarna acababa de regresar de Pamplona, de la Clínica Universitaria de Navarra. La situación se complicaba cada

---

<sup>5</sup> Fue director médico de Radiocirugía, Radioterapia y Unidad de Oncología del hospital San Francisco de Asís, en Madrid, desde 1991 al año 2000.

día más. Ya estaba de nuevo instalada en su casa de La Moraleja. En Pamplona fue explorada por los doctores Antonio Brugarolas y Marta Moreno, del departamento de Oncología Médica. Le administraron un primer tratamiento del 7 al 11 de febrero y tenía que volver a revisión el día 22 del mismo mes. Allí estuvimos acompañando a Encarna, por deseo expreso y personal, Nuria Abad, Josefina Calle y yo, Pedro Pérez. Teníamos que transmitirle mucho ánimo y cercanía.

El primer tratamiento de la Clínica Universitaria de Navarra consistía en atacar la enfermedad con medicamentos no utilizados anteriormente, como Ifosfámid, Taxol y Vincristina. En caso de conseguir una remisión de la enfermedad, nos dijo el doctor Brugarolas, se comenzaría con un programa de quimioterapia con un soporte de células progenitoras de la sangre. Encarna estaba colaboradora, orientada, consciente y animada para afrontar el duro reto. Pero tuvo un problema con el *portacath*, dispositivo intravenoso que facilitaba la administración de la medicación. Fue entonces cuando sí se puso nerviosa, alterada, porque además le dolía. Llamamos rápidamente a la enfermera, que le colocó un nuevo dispositivo. Al fin llegó la tranquilidad, y a descansar.

El 22 de febrero tocaba otra nueva valoración de su enfermedad en la Clínica de Navarra. Pero antes tuvimos que volver de urgencia a Pamplona, concretamente el 15 de febrero. La locutora padecía una diarrea extrema y todo indicaba que el tratamiento no había funcionado. Encarna estaba cabizbaja, poco habladora, como temiendo algo malo, algo que no funcionaba bien. Delegó en mí para que hablara con el doctor Brugarolas. Me presenté en el despacho del facultativo navarro.

—Buenos días don Antonio, creo que ya me conoce, soy Pedro Pérez el productor de Encarna.

—Sí, sí, sé bien quién es usted.

—¿Cómo ha funcionado el tratamiento?

—Le voy a decir la verdad, no ha funcionado.

—Entonces doctor, ¿qué pasa ahora, qué pasos hay que dar?

—Mire Pedro, seamos realistas... el tratamiento ha fracasado. Encarna ha sufrido un cuadro de toxicidad derivado de ello. Yo no les aconsejo ningún otro tratamiento... su debilidad me obliga a decirles que es mejor ya esperar.

—Doctor, esto que me cuenta es definitivo. ¿No hay esperanza?

—Así es. Es muy doloroso, es una auténtica pena, pero es la realidad que tenemos.

—Esto hay que decírselo a Encarna doctor...

—Lo haré, en unos minutos subiré a su habitación, pero si le parece le disfrazaré la verdad... Le contaré que el tratamiento no ha funcionado pero que hay que seguir luchando.

Aquella noche regresé solo a la capital de España. En el avión Pamplona-Madrid fui consciente de que el cáncer había derrotado a Encarna. Sentí una presión en el pecho que no me dejaba respirar. Y mi cabeza no paraba de dar vueltas a las palabras del doctor Brugarolas. Ni a Encarna, ni a Nuria, ni a Josefina les conté toda mi conversación con el oncólogo. Eso quedó para mí. Ya llegaría el momento oportuno de hacerlo. Fueron días de silencio, de disimular situaciones, de miradas cómplices entre todos los que estábamos cerca de la locutora.

A la mañana siguiente, Encarna, Nuria y Josefina abandonaron la Clínica Universitaria de Navarra. Me contó Nuria que el doctor Brugarolas estuvo muy humano, cercano, afectuoso a la hora de contarle a Encarna que el tratamiento había fracasado. Nunca les dijo que aquello era el final. Sí advirtió el doctor a la locutora que era conveniente que fuera arreglando sus asuntos personales de cara a lo que pudiera pasar en el futuro. Pero Encarna no quería morir.

El doctor Brugarolas remitió los pertinentes informes médicos a su compañero facultativo Manuel Santos Ortega, para el seguimiento de su enfermedad ya en Madrid. El doctor Santos, médico colegiado con el número 30.372, tenía su consulta en el Instituto Madrileño de Oncología del hospital San Francisco de Asís, situado en la calle de Joaquín Costa. El médico conocía ya todo el proceso del cáncer

de Encarna. Desde el 23 de febrero hasta su fallecimiento, se hizo cargo personalmente del control de su enfermedad.

Tengo que decir que el doctor Santos tuvo un comportamiento profesional impecable con Encarna. A nivel humano fue ejemplar. Tenía sensibilidad para decirle las cosas. Le contaba que la situación clínica era grave pero que había que luchar hasta el final. Trataba de animarla. Su relación con la locutora fue más la de un hijo con una madre, que la del médico con un paciente. Le gustaban mucho los caballos, era muy aficionado y Encarna lo sabía. Un día le comentó Encarna a Josefina Calle:

—Si salgo de esta enfermedad Josefina, si me recupero, le compraré como agradecimiento un caballo al doctor Santos.

—Pero Encarna, un caballo de pura raza vale muchos millones.

—Y qué... Josefina, qué mierda es eso si me salva la vida... La vida tiene más valor que todo el dinero del mundo...

—Llevas razón Encarna, llevas razón —respondió, con la cabeza baja, Josefina.

Pero Encarna desgraciadamente no le pudo comprar un caballo al doctor Santos. Desde ese fatídico 25 de febrero de 1996, el oncólogo atendió ya de forma domiciliaria a Encarna en su casa. Dio las órdenes oportunas para que no le faltara de nada y estuviera atendida.

Encarna en aquellos días, a su vuelta de Pamplona, había dado las instrucciones pertinentes a su equipo de colaboradores. Quería que todo funcionara a la perfección, aunque faltara a su cita diaria con sus oyentes mientras trataba de recuperarse. Su decisión fue poner a Josefina Calle al frente de la casa de La Moraleja con el apoyo de Inmaculada Ynginia Lidiano, como una auxiliar más. A Nuria Abad Sentís, su fiel e íntima amiga, la situó a su lado para atenderla y cuidarla. A Carmen Jara la dejó en Cope controlando las llamadas y cualquier tema que surgiera sobre ella y su enfermedad. A Carlos Rodríguez, su chófer, como encargado de los recados y el transporte necesario. A Juan Luis Galiacho como jefe de investigación al frente de los asuntos periodísticos más candentes del programa. A Esmeralda Marugán, como

su sustituta oficial ante el micrófono. Y a mí, Pedro Pérez, al frente del programa con todo su equipo y como portavoz para hablar con el doctor Manuel Santos de la evolución de su enfermedad.

Así pasaron los días finales de febrero y primeros del mes de marzo. Fue el viernes 15 de marzo de 1996 cuando el doctor Santos, siempre afeitado, peinado y bien vestido, solicitó hablar con nosotros. Fuimos tres los interlocutores elegidos: Nuria, Josefina y yo. Nos reunimos en la sala de estar de la planta de arriba de la casa de La Moraleja. Sin dilación, el oncólogo Manuel Santos cogió la palabra:

—Os he citado a vosotros, que sois las personas de más confianza de Encarna, para comunicaros que la situación clínica se está agravando mucho... y vienen días duros... tenéis que ser fuertes.

Ante esta aseveración, le pregunté:

—Doctor, ¿qué es eso de que vienen días duros?

Manuel Santos nos miró fijando sus ojos en nosotros y respondió sin titubear:

—Van a llegar días para Encarna con disminución de la atención y memoria, somnolencia y desorientación. Tenéis que estar preparados.

Nuria, con la cara desencajada, le requirió:

—Pero doctor, ¿a partir de cuándo?

—Eso Nuria va a depender de la evolución de la insuficiencia hepatorenal de Encarna. Creo que os lo tengo que decir muy claro. Si Encarna llega a Semana Santa es un milagro.

Nuria perdió definitivamente en ese momento los nervios y empezó a gritar.

—No puede ser, no puede ser, no es justo. Dios mío, Encarna no se merece esto. No puede morir.

Comenzó a dar golpes con el puño en la pared fuera de sí. Intenté cerrar la puerta de la sala de estar para que no se escuchasen fuera los gritos de Nuria. Josefina le pidió una tila con urgencia a Inmaculada para tratar de calmarla.

Nos abrazamos los cuatro, incluido el doctor Santos, con los ojos llorosos y pañuelos en la mano. En ese momento, llegó Inmaculada

con la tila para Nuria. Tenía los ojos como un saltamontes por las lágrimas derramadas. Estuvimos todos unos minutos abrazados en silencio tratando de asimilar lo que venía. El doctor Santos comentó que se tenía que marchar, pero que estaba a lo que necesitáramos. Le dimos las gracias por su sinceridad. Y nos dijo que ya hablaría de esto con Encarna cuando llegase el momento oportuno.

El oncólogo abandonó la casa. Pero su frase nos pesaba como si fuera una sentencia, más propia de Encarna: «Si llega a Semana Santa es un milagro». No estaba equivocado. El tiempo le dio la razón. Pero antes, a Encarna le esperaban todavía algunas sorpresas.

## Últimas visitas y llamadas

Febrero de 1996. Encarna Sánchez había desaparecido de los estudios centrales de la cadena Cope desde el día 6 de ese mes. Fue su último programa, en vivo y en directo, en la cadena radiofónica episcopal. Un día después ya ingresaba en la Clínica Universitaria de Navarra para recibir el último tratamiento contra el cáncer. Con su ausencia, y conforme pasaban los días, los rumores sobre su salud se acrecentaron. Eran muy diversos. Desde que si estaba muy malita, muriéndose, hasta que la habían visto en una clínica de París, o que se encontraba en su casa de Marbella... En fin, rumorología sin ningún fundamento.

El jueves 14 de marzo Encarna recibió la llamada de su amigo y compañero de Cope José María García.

—Hola Encarna soy José María, ¿cómo estás? ¿Cómo te encuentras?

—Hola Jose, qué alegría oírte, me encuentro un poco débil y cansada, pero supongo que es por el tratamiento de la enfermedad.

—Mira Encarna, hablé con Pedro Pérez en la emisora hace unos días y me dijo que estabas en Pamplona.

—Así fue, pero ya estoy en casa.

—A Montse y a mí nos gustaría ir a verte... ¿Es posible?

—Hombre, cómo no, tú sabes que os aprecio mucho. Montse y tú sois bienvenidos en esta casa... os espero mañana por la tarde sobre las 17.00 horas. ¿Te parece bien, José María?

—Allí estaremos Encarna. Un beso, hasta mañana.

Al día siguiente, José María García y su mujer Montserrat Fraile Lameyer se desplazaron al chalé de Encarna. El matrimonio García-Fraile tenía la ventaja de que también vivía en la misma urbanización de La Moraleja. Eran vecinos y la distancia entre sus casas era corta.

Esa misma noche Encarna me contó, al pasar revista al día, que le había dado mucha energía la visita de José María y Montse. Juntos recordaron aquel célebre 29 de mayo de 1995, cuando ella abandonó su programa porque el Giro de Italia —que radiaba García— se había comido treinta minutos del tiempo de su programa. Esa polémica tarde, Encarna tenía citados a varios alcaldes y políticos porque se habían celebrado el día anterior las elecciones municipales y autonómicas, y los tuvo que desconvocar. José María le dijo:

—Tuviste muchos cojones ese día Encarna. Yo nunca hubiera esperado una reacción tuya de tal calibre.

También recordaron sus diferencias por entrevistar a Ricardo Portabales, narcotraficante arrepentido, en Antena 3 Televisión. García no vio bien esa entrevista por las acusaciones que se vertieron en el programa televisivo por parte de Portabales contra su amigo el empresario Carlos Goyanes. Hablaron de cuando Alfredo Fraile, hermano de Montse, era el mánager de Julio Iglesias. Encarna consideraba que gran parte del éxito de Julio fue gracias a la habilidad, agenda y entusiasmo de Alfredo Fraile. Se rieron juntos, pasaron una tarde entretenida y agradable. Encarna me confesó que se comió casi media caja de bombones suizos que le llevó el matrimonio García-Fraile. La locutora siempre le tuvo mucho respeto profesional a José María García. Lo valoraba y decía que era un periodista valiente, influyente y rentable para Cope. Decía que ella y García eran «los únicos que en España hacían una radio de autor».

Fue el periodista deportivo quien se encargó de transmitir a los directivos de Cope y a sus compañeros más allegados, como Federico Jiménez Losantos, Antonio Herrero o Luis Herrero, que Encarna deseaba volver pronto a su programa «nada más que sus fuerzas se lo permitieran». Pero García contó, a la vez, que creía que Encarna ya no volvería más. La había visto deteriorada, cansada y debilitada por el cáncer. No le faltaba razón al comunicador asturiano de adopción, Encarna ya no regresó nunca más a los micrófonos de Cope.

Así iban pasando los días del mes de marzo de 1996. Por casa de Encarna solo desfilaron los elegidos. Por ejemplo, su cuñada Laura Granados Maeso, mujer de su hermano Carlos Sánchez, que solamente estuvo tres días hospedada porque se encontraba constipada y el doctor Santos manifestó que suponía un riesgo para la salud de Encarna. Fue la propia locutora quien desde la cama le dijo a su cuñada que se marchara, porque podía correr riesgo su salud.

Otros que la visitaron en varias ocasiones fueron Paco Gordillo y su mujer Soledad Jara, buenos amigos de Encarna desde siempre. También acudía a la casa de La Moraleja Carmen Jara, hermana de Soledad, que al terminar su trabajo en la radio procuraba visitar casi todos los días a Encarna. La locutora se reía mucho con las curiosidades y chismes que le contaba Carmen.

Entre las visitas permitidas por Encarna no faltó tampoco Alejandro Trobajo, director comercial de los laboratorios Phergal (el de los famosos tintes Farmatint). A Trobajo Encarna le tenía bastante cariño. Le recordaba la figura de un alcalde de pueblo con la intención de solucionarlo todo. También por parte de Cope acudieron don Bernardo Herráez, presidente de la cadena episcopal; Pedro Díez, director comercial; Eugenio Galdón, consejero delegado; Silvio González, director general adjunto; y Francisco Temprano, director de programas. Encarna siempre tenía una frase a mano para todos ellos: «Gracias por venir y que Dios te bendiga».

En aquellos días, la centralita de la emisora no paraba de atender las llamadas de los oyentes preguntando por la salud de Encarna. También

de personajes conocidos como Natalia Figueroa y Raphael, Juan Pardo, Julio Iglesias, Carlos Herrera, Paloma San Basilio o las integrantes del espacio «Mesa Camilla con Maruja Díaz» Mari Carmen Yepes y Paqui-ta Rico. No faltaron tampoco las llamadas de Isabel Pantoja y de María Navarro, su antigua productora. Ambas me llamaban a mí para saber de su examiga. Y, por supuesto, sus queridos y agradecidos anunciantes.

Aunque Encarna no quería darse cuenta de que la muerte le ron-daba sí que intentó ver cuál era su situación económica. Por eso, la mañana del jueves 7 de marzo de 1996, la locutora después de desa-yunar un huevo pasado por agua, jamón ibérico y un zumo de naran-ja, le pidió a Nuria Abad que citase a sus gestores, los dueños de la empresa Gerbonsa, Gerardo Cordero Feo y Pedro Bonilla Rodríguez. También a su abogado personal José María del Valle Sánchez.

Gerbonsa era la consultora-gestoría que se ocupaba de los temas administrativos y laborales de Encarna Sánchez y sus sociedades. Por su parte, José María del Valle era su abogado de confianza desde que fichó por Cope. Era la persona que la asesoraba en cuestiones lega-les y la representaba en los tribunales. Trabajo compartido en los últi-mos años con la eficaz y rigurosa letrada Graciela Otondo Abente. A los tres (Cordero, Bonilla y Del Valle) les firmó ese día unos pode-res notariales para que sus empresas tuvieran operatividad laboral y bancaria. Que sus empleados y colaboradores del programa *Directa-mente Encarna*, a los que ella pagaba a través de su empresa Stilo Tridi-mensional SL, cobraran puntualmente. Que las facturas de su tratamiento se abonaran con celeridad... Encarna quería transmitir normalidad y tranquilidad a pesar de su enfermedad.

El hecho de tener un poder notarial de Encarna no suponía para su gestor Gerardo Cordero ninguna novedad. Precisamente Cordero fue quien en representación de Encarna firmó con Julián Muñoz, por entonces alcalde en funciones de Marbella, la segregación y permuta de varias propiedades de dicho ayuntamiento para posibilitar que la parcela de La Gaviota recayera en 1995 en poder de Encarna Sán-chez para construirse allí su nueva casa en Marbella.

Con el paso de los años, me he preguntado varias cosas. Si en aquellos últimos días de vida visitaron la casa de Encarna dos notarios para redactar varios poderes notariales, por qué la locutora no hizo un testamento o por qué no cambió el del año 1970, cuando se marchó a Méjico. Lo de hacer testamento se lo recordó el doctor Antonio Brugarolas de la Clínica Universitaria de Navarra y también el doctor Manuel Santos, su oncólogo. Esta cuestión siempre preocupó en demasía a Paco Gordillo y a su mujer Soledad Jara, padres de Alejandro «Sacha» Gordillo, uno de los ahijados de Encarna<sup>6</sup> que se posicionaba como uno de los posibles herederos. Yo, en particular, no me atreví nunca a plantearle este tema a Encarna. Quizás no fui valiente, o demasiado honrado. No lo sé. Yo no tenía estómago para decirle a mi jefa que hiciera testamento o si lo tenía hecho. Sobre todo, cuando cinco días antes de fallecer todavía me decía:

—Pedruski, yo venceré al cáncer y me recuperaré. *No voy a morir.*

Era la teoría de la negación de su enfermedad, aunque en su pensamiento pudiera pensar otra cosa.

Los días de Encarna en cama pasaban con rapidez. Los vómitos, la falta de apetito, las ganas para luchar, la somnolencia, la caída del pelo, las escamas de la piel, en definitiva, su deterioro físico, no mental, iban *in crescendo*. De vez en cuando soltaba una frase lapidaria, una de sus sentencias: «Cómo es esto posible, yo que he colaborado tanto con Sor Ángela de la Cruz y ahora me veo así». Nadie se atrevía a contestar. Silencio absoluto. La jefa todavía imponía. Eran días de recuerdos y más recuerdos.

## Sus recuerdos

25 de marzo de 1996. Encarna Sánchez, sabedora de que su vida se apagaba, comenzaba a indagar en su memoria, a recordar pasajes, en-

---

<sup>6</sup> Véase capítulo 13.

trevistas, momentos vitales de su existencia. Su habitación se convirtió en su lugar de meditación. Con medio cuerpo incorporado en la cama, con la ayuda de Josefina y Nuria, la locutora pasaba revista a su recorrido.

Pensativa y en silencio, con la mirada puesta en esos ventanales por los que entraba la luz de su mimado jardín, recordaba que de niña le gustaban la canción española y el flamenco (sobre todo, cantaba por alegrías). Su madre, doña Encarnación Giménez López, la animó en esa faceta artística, que no hacía nada mal. En aquellos años infantiles se miraba en el espejo de doña Concha Piquer, Marifé de Triana, Juanita Reina o Estrellita Castro. Tanta era su afición a la copla, que cantó en conciertos, intervino en festivales, participó en concursos de radio y protagonizó actos benéficos bajo el nombre artístico de «Encarnita de Almería». Solo tenía catorce años. Su vida le llevó por entonces a la radio junto a su primer noviete, Enrique Vallés.

A los veinte años dio un triple salto cuasi mortal cuando, acompañada de su madre y sus hermanas Matilde y Carmela, llegó a la estación madrileña de Atocha procedente de Almería. Su único equipaje, dos maletas de cartón atadas con cuerdas. Ese viaje nocturno de sueños juveniles en el tren Correo con asientos de madera nunca lo olvidaría. En su cabeza solo rondaba una idea: «Triunfar en la radio en Madrid». Y vaya que si lo consiguió. En 1990, más de un millón de oyentes la seguían en su programa *Directamente Encarna* en Cope.

Encarna, reclinada en la cama, fue repasando uno a uno estos capítulos de su vida. En su memoria se guardaba en un lugar preferente su triunfo a finales de los años sesenta con su programa *CS y buen viaje* en Radio España de Madrid. Se había convertido en la mayor defensora de la canción popular española a principios de esa década, donde logró un rotundo reconocimiento social y una gran popularidad. Tanto que consiguió una condecoración muy especial: la Medalla al Mérito Civil que los taxistas, camioneros y transportistas consiguieron con sus firmas para ella. Recibió todo un homenaje nacional en el Palacio de la Música de Madrid, el 9 de junio de 1968.

Más y más recuerdos flotaban aquellos días finales sobre su cabeza. Rememoraba cómo en 1970, pese a tener un miedo terrible al avión, se marchó al descubrimiento de América. Concretamente a Méjico, a la televisión del magnate Emilio Azcárraga, Televisa. Allí también despertó envidias entre sus compañeros por su forma de hablar, por el vocabulario que utilizaba y la velocidad de sus palabras. No obstante, burló los embates y se ganó a los mejicanos, quienes la bautizaron como «Mamá Encarna». Hasta la máxima estrella de Televisa, Jacobo Zabudovsky, se rindió ante ella: «Tiene un talento diferente a todos. Es una máquina de hacer palabras con sentido». Pero no todo fueron alegrías. También tuvo su momento amargo en Los Ángeles (California, Estados Unidos) con su matrimonio fallido y posterior divorcio. Solo duró seis meses. Y llegó su vuelta a España, muerto ya Francisco Franco y apartada su mano negra, Carmen Polo y Martínez-Valdés.

Fue entonces cuando fichó en 1978 por Radio Miramar de Barcelona. En aquellas fechas muy pocos confiaban de nuevo en ella. Reinventó una manera de hacer radio cuando España se abría a pasos agigantados hacia la democracia. Allí en Cataluña, descubrió el pan con tomate y jamón y los caracoles a la brasa. Y sembró para el futuro.

Recogió esta siembra en 1983, cuando fichó por la cadena Cope por el empeño de un sacerdote que apostó muy fuerte por ella, el padre José Luis Gago del Val, entonces director general de la cadena. Con el paso de los años fue elevando su estatus y se convirtió en la comunicadora mejor pagada de todos los tiempos en la radio española.

Recuerdos, recuerdos y más recuerdos. Pero en la mente de Encarna no paraba de aflorar un claro sentimiento de culpabilidad. Algo que en sus últimos días de vida nunca se le fue de la cabeza. Y que le amargó. El recuerdo de cómo en sus inicios en la radio, con solo quince años, un locutor veterano le dio un consejo que terminaría con su vida: «Niña, tienes una voz muy aguda para la radio. La radio es de voces graves. Empieza a fumar tres paquetes para que tu voz sea más grave». Qué ironías tiene la vida, ¿verdad? El tabaco se convirtió

con el paso de los años en el factor número uno que le provocó un cáncer de pulmón. Su muerte. El fin del ciclo vital de la vida.

Son tantos los recuerdos acumulados que incluso a uno se le saltan las lágrimas al recordarlos. Como aquel que me narró, ya atormentada en su cama, de cuando de niña, cogida de la mano de su madre, y frente a una zapatería, le dijo «mami, yo quiero esos zapatos de charol». Su madre la miró con emoción, contestándole «hija, los Reyes Magos te traerán seguro los zapatos». Pero aquellos zapatos nuevos nunca llegaron ese señalado día.

Fue entonces cuando Encarna fijó su mirada en una fotografía de ella bajo una placa con su nombre en una plaza de Carboneras, su pueblo. Esa instantánea siempre estuvo situada encima de la cómoda de su habitación. Era una de sus fotos preferidas. Le recordaba sus orígenes, sus raíces, su tierra almeriense. Encarna nunca olvidó su procedencia ni su pueblo de Carboneras. Sus últimos días de vida fueron de recuerdos y más recuerdos, postrada sola en su cama de La Moraleja.